

Una efeméride falsa

La supuesta fundación de la Universidad Nacional en 1910

Para Andrés Lira, quien con su peculiar tono, entre cariñoso y regañón, me advirtió que no fuera injusto con don Justo; y para José Luis Barros, que nada me advirtió, pero que cuando le manifestaba mis hipótesis sobre su ilustre antecesor gruñía y se rascaba la barba.

I Farol de la calle...

El año 1910 estaba destinado a ser decisivo en la historia nacional. La celebración del centenario de la Independencia y la reaparición del cometa Halley permitían augurios dispares: la consolidación de México como país civilizado, o el incierto y violento inicio de una nueva era. Para lo primero, el gobierno de don Porfirio decidió utilizar la efeméride y festejarla lustrosamente, buscando demostrar al mundo que él había hecho de México un país de orden y progreso. La mejor prueba sería la creación de una universidad durante las celebraciones de septiembre.

Es indudable que Justo Sierra, conocedor de la vanidad de Díaz, aprovechó la ocasión para hacer realidad su viejo anhelo de dar a México una universidad. En efecto, su proyecto de 1881¹ fue revivido “desde arriba” y para la ocasión. Por ello es indiscutible que la creación de la Universidad Nacional de México obedeció más a la coyuntura política que a demandas académicas o a transformaciones socioeconómicas nacionales. Sin embargo, no debe pensarse que la creación de la universidad en 1910 fue repentina. Desde principios de siglo Sierra insistía en su conveniencia. Fue por entonces cuando envió en tres ocasiones a su colaborador principal, Ezequiel A. Chávez, a que estudiara la organización de algunas universidades europeas y estadounidenses. Esto explica

que, llegando el momento, se encomendara a Chávez la redacción de la primera versión de los estatutos, resultando un proyecto de Ley Orgánica de más de treinta artículos. En él se proponía la integración de las escuelas profesionales existentes más la de Altos Estudios, de inminente creación aunque prefigurada desde el proyecto de Sierra de 1881, con varios institutos científicos y culturales. Si bien don Ezequiel fue meticuloso respecto al funcionamiento y reglamento interno de la institución, fue muy parco en lo relativo a sus relaciones con el gobierno. Sierra enmendó inmediatamente esta deficiencia; además incluyó a la Escuela Nacional Preparatoria.

¿Complementariedad o divergencias? Por lo general se sostiene que Sierra y Chávez compartían, salvo detalles, su concepto de educación superior. En realidad, aunque colaborador diligente, don Ezequiel tenía varias diferencias con don Justo: menos político y restringido al ámbito educativo, Chávez siempre sostuvo una postura autonomista. Sin embargo, en las circunstancias de entonces tuvo que avenirse,² lo que no sorprende dado que siempre fue un funcionario disciplinado, acaso demasiado contemporizador. Corregido ya por Sierra y con el nombre de “Proyecto de Ley Constitutiva de la Universidad Nacional” se presentó al Congreso federal, ante el cual don Justo dio un aplaudido discurso justificativo. No era necesaria la calidad y fuerza que imprimió a su apología, pues los diputados sabían que don Porfirio respaldaba el proyecto, porque los “científicos”—grupo político al que pertenecía Sierra— controlaban las cámaras, y porque él mismo contaba entre los legisladores con algunos amigos y subalternos, como Porfirio Parra y Manuel M. Flores, quienes obviamente apoyaron con denuedo la propuesta. Aunque se le hicieron algunos cambios, por la rapidez con que fue discutido, votado y promulgado puede decirse que el asunto fue festinado.³

¹ A principios de 1881, siendo un joven diputado de 33 años, Justo Sierra había propuesto su instauración. En ese entonces el proyecto no fue ni discutido por los legisladores, pues se consideró inútil hacerlo cuando la educación nacional era notoriamente insuficiente y defectuosa. Además, aquellos eran tiempos de reconciliación política, y no hubiera sido oportuno reactivar serios conflictos ideológicos. Para el “clásico” entre los estudiosos de estos aspectos de Sierra, esa solicitud tenía algo de “ocurrencia” y “peregrina determinación” y algo de estrategia política, para desviar los ataques de la Ley Montes contra la Escuela Nacional Preparatoria. Edmundo O’Gorman. “Justo Sierra y los orígenes de la universidad de México. 1910”, *Pensamiento Universitario* núm. 62, México, UNAM, 1986, pp. 35-39. Los principales documentos concernientes al proyecto de 1881, en *La Universidad de Justo Sierra*, prol. y selección documental de Juan Hernández Luna, México, SEP, 1948, pp. 41-65, 139-151.

² Leticia Chávez. *Recordando a mi padre*, 10 vols., México, 1967, II: 82, 115, 135; Juan Hernández Luna. *Ezequiel A. Chávez, Impulsor de la educación mexicana*, México, UNAM, 1981, pp. 119-120. Para el proyecto de Chávez véase Alfonso de María y Campos. *Estudio histórico-jurídico de la Universidad Nacional (1881-1929)*, México, UNAM, 1975, apéndice 5. Aunque el conciliador Sierra asegure que siempre se identificó con Chávez, la verdad es que se conocieron por la oposición del joven Ezequiel a la política de don Justo ante la renegociación de la deuda con Inglaterra. Cfr. Justo Sierra. *Obras Completas*, 14 vols., México, UNAM, 1948-9 (en adelante OC, VIII: 493; Leticia Chávez, I: 59-60; Juan Hernández Luna. *Ezequiel A. Chávez...* pp. 20-7.

³ Antes de presentarse a los diputados fue discutido en las sesiones de enero

Por las impostergables necesidades diplomáticas de don Porfirio, es comprensible que Sierra y sus colaboradores hayan dedicado más tiempo y esfuerzo a los preparativos protocolarios de la inauguración que a la adecuación del proyecto mismo. Aunque comprometido oficialmente el gobierno a crearla desde mediados de 1909, apenas a principios de 1910 comenzó a discutirse el asunto en el Consejo Superior de Educación Pública, y sólo desde marzo se turnaron invitaciones a varias universidades europeas y norteamericanas para que enviaran representantes a la ceremonia de inauguración. La lista original fue luego aumentada con más universidades europeas, algunas latinoamericanas y, sobre todo, con muchas estadounidenses. Cuando la gran mayoría de las europeas manifestó su imposibilidad de enviar delegados para dicha ceremonia, Sierra se vio obligado a reforzar las invitaciones a las universidades norteamericanas, cuya riqueza y vecindad hacían factible la aceptación; es más, astutamente se ofreció a los delegados transporte gratuito desde la frontera. En conjunto las respuestas fueron muy variadas: unas se redujeron a expresar sus mejores deseos, mientras otras enviaron algún funcionario o profesor; si las instituciones más sensatas designaron a quien pudiera obtener beneficios académicos directos, las más prácticas utilizaron a exalumnos nativos o residentes en México, o a funcionarios consulares.⁴

A pesar de la falta de respuesta de un par de universidades, el número de saludos y de delegados extranjeros fue suficiente para que la ceremonia inaugural resultara un éxito. Don Porfirio tenía razón: de todos los actos preparados para el mes de celebraciones, ninguno podía tener más solemnidad y encanto que la inauguración de la Universidad Nacional. Ésta tuvo lugar el 22 de septiembre en el Anfiteatro de la Preparatoria, cuyo decorado "subyugó" a los asistentes. Acaso lo único criticable fue que los numerosos participantes e invitados a la ceremonia dejaron poco espacio disponible para el profesorado y el estudiantado.⁵

a abril del oficialista Consejo Superior de Educación Pública, agrupación de expertos de carácter consultivo; aunque correctas y atinadas, las críticas y objeciones fueron desatendidas: en la sesión del 11 de abril Sierra aseguró que había aspectos que no podían discutirse "ya". Véase, Sierra, *OC*, VIII: 321; V: 416-428. Cfr. *El País*, 14-5 mayo 1910. Parra y Flores serían, meses después, directores de Altos Estudios y de la Preparatoria, respectivamente. La Ley Constitutiva de... fue promulgada el 26 de mayo; dos versiones impresas y tres manuscritas se localizan en el Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja 3, folder 49 (en adelante FUN, RR, c., fo., f.). En el mismo repositorio documental se cuenta con el Fondo Consejo Superior de Educación, en proceso de catalogación por la Sra. Dora Rodríguez.

⁴ FUN, RR, c.2, fo.33, ff.578, 581-3, 586, 591, 594, 596, 598, 602-4, 607, 610, 612, 615 - 6, 618, 620, 623, 626, 628, 637 - 8, 640, 643, 645, 651-6, 663-4, 667, 669-72, 676, 679-80, 683, 692, 695-6, 699-700, 703-4, 712, 715, 719-20, 736, 741-2, 752. Buscando darle más dignidad a la institución, a mediados de julio Sierra decidió asignar un papel especial a las universidades de París, Salamanca y Berkeley: en lugar de simples testigos de la inauguración fueron designadas "madrinas". La de París, por ser la más antigua —según un malinformado don Justo— y la más influyente universidad en la historia del mundo moderno; la de Salamanca, por haber sido el arquetipo de la universidad mexicana colonial, y la de Berkeley, por considerarla uno de los modelos más acabados de universidad contemporánea. No obstante la honra, de Salamanca no se envió delegado alguno, a pesar del modo tan afectuoso con que Sierra invitó a su rector, Miguel de Unamuno; por su parte, la de París no cambió al delegado previamente escogido, monsieur Martinenche, profesor de español. En

el discurso de Sierra; por ejemplo, *El Imparcial* lo consideró la pieza oratoria más hermosa de lo que iba del siglo. Aparte de la belleza literaria y de la enciclopédica cultura mostrada,⁶ don Justo expuso sus ideas acerca de lo que debía ser la institución: para él sus objetivos no debían reducirse al avance y difusión de la ciencia sino pretender la educación integral de los estudiantes; además, siempre debería poner atención a la realidad social mexicana; también aseguró que se pretendía una universidad auténticamente nacional, abierta a cualquier corriente de pensamiento y a cualquier persona con auténticas capacidades, sin importar sus orígenes sociales.⁷ Después del discurso don Porfirio declaró que la Universidad Nacional quedaba inaugurada "solemne y legalmente".

Los objetivos políticos, aceptando que fueran simplemente paralelos, se confirman por el otorgamiento de dos tipos de grados honoríficos durante la ceremonia inaugural. Uno de éstos demuestra, además, lo inmadura que estaba la educación superior en México, a pesar de lo cual se decretó crear una universidad. En efecto, dado el reducido número de alumnos y de "carreras", los profesores no podían impartir varios cursos, por lo que vivían de la práctica de sus profesiones y se reducían a tener una cátedra por razones de prestigio. No obstante, buscando dar realce a la ocasión y mayor dignidad a la institución naciente, pero sobre todo intentando que esos docentes se involucraran con ella, se decidió otorgar el doctorado *ex officio* a un buen número de profesores. Las condiciones requeridas eran pocas: varios años de buena actuación magisterial y que la cátedra fuera uno de los aspectos más importantes de su vida. Para evitar cualquier problema de autoridad interna, los directores de las escuelas fueron hechos doctores *ex officio* por decreto. Las propuestas de candidatos debían provenir de las Juntas de Profesores de las respectivas escuelas, las que debido a lo impreciso de los requisitos propusieron aspirantes en exceso. La Secretaría de Instrucción Pública rechazó algunos e incluyó a otros, con argumentos heterogéneos en los que los factores políticos fueron decisivos.⁸

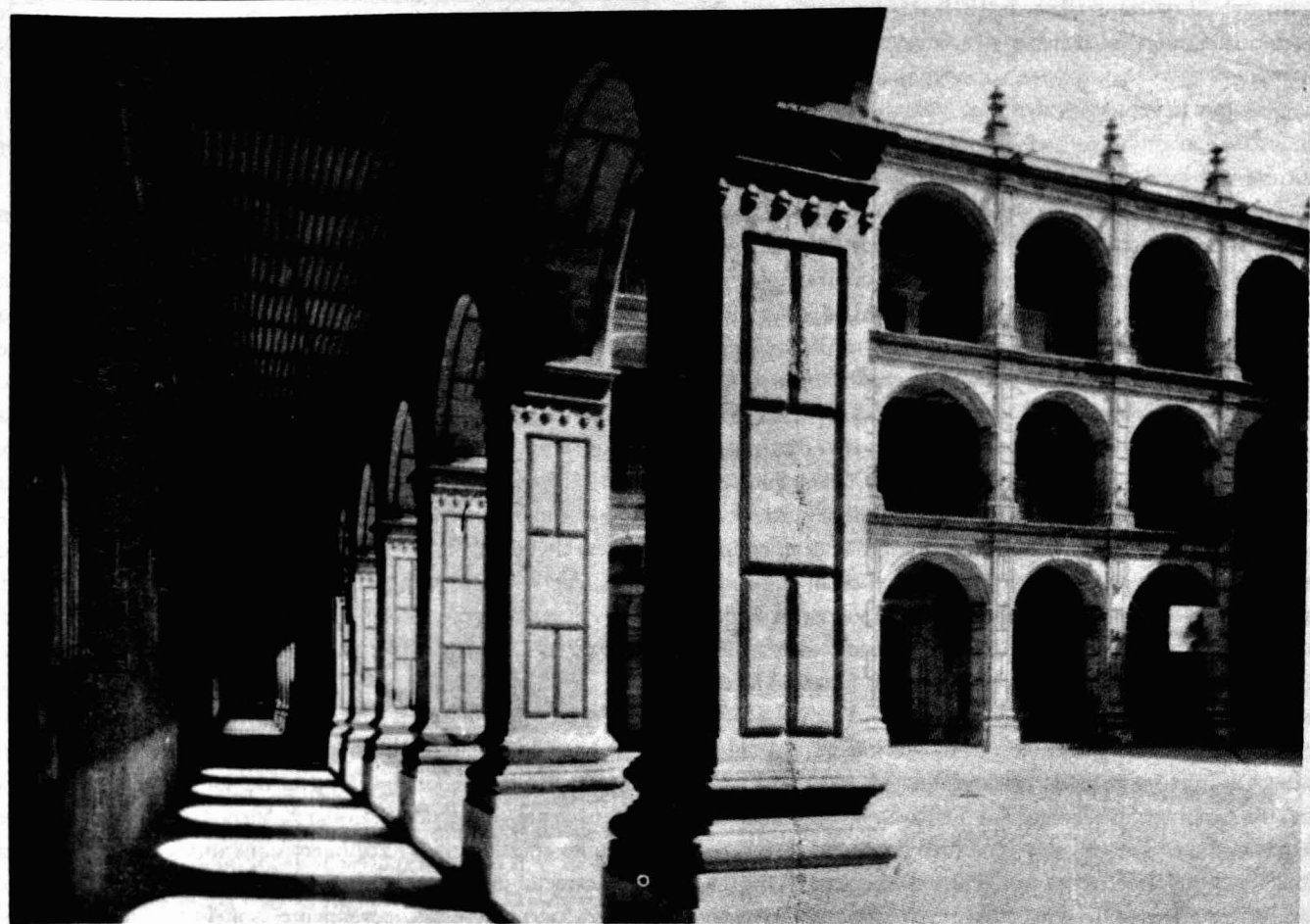
cambio, Berkeley, conmovida, decidió enviar a su rector, mister Wheeler. La distinción a Berkeley se debió también a la amistad de éste con Ezequiel A. Chávez. Al efecto, véase *ibid.*, ff.625, 632-3, 722; Leticia Chávez, II: 135, 141.

⁵ El sitio había sido reacondicionado por el arquitecto Samuel Chávez, hermano del subsecretario de Instrucción Pública. Véase, *El Imparcial*, 7, 21 abril; 15 julio; 27 septiembre 1910. Un lamentable suceso empañó la ceremonia: ya en México, a dos días de la fecha señalada, murió el delegado de la universidad de Stanford. Cfr. FUN, RR, c.1, fo.4, ff.85-8; fo.32, f.570. El cronista oficial asegura que el segundo piso estuvo destinado a profesores y estudiantes; consúltese en *La Universidad Nacional de México*, reimpresión facsimilar, introd. Ma. del Refugio González, México, UNAM, 1985 [1910], p. 102.

⁶ Sierra citó a Agrippa d'Aubigné, Bergson, Claude Bernard, Comte, Emerson, William James, Leibnitz, Nietzsche, Shakespeare y Tácito; mencionó, entre otros, a Víctor Hugo, León XIII, Abraham Lincoln, Marx y Sarmiento, junto con los mexicanos Juárez y Agustín Rivera.

⁷ Un error de la historiografía respectiva es limitar la explicación de la naturaleza y de los objetivos de la creación de la universidad al análisis del discurso en cuestión.

⁸ FUN, RR, c.2, fo.27, ff.491-3, 498-500, 507; c.3, fo.35, ff.810-2, 814-6, 818-29; *El Imparcial*, 22 de septiembre 1910.



Patio principal de la Escuela Nacional Preparatoria

Razones de este tipo también fueron evidentes en el otorgamiento de los doctorados *honoris causa*. La lista preliminar fue hecha por Ezequiel A. Chávez, y confirma su naturaleza más intelectual y su menor compromiso y sensibilidad política; incluía cerca de treinta académicos, dos escritores –Tolstoi y Emilio Verhaeren–, al rector de Berkeley, eminente educador, a Theodore Roosevelt y a los mexicanos Limantour, Gabriel Mancera y Agustín Rivera. Sus campos de actividad –dejando a un lado a Roosevelt y a los mexicanos– demuestran las altas aspiraciones que Chávez tenía para la Universidad Nacional, su amplio interés científico y su actualizado conocimiento. Era de esperarse que su lista fuera afinada, balanceada; sin embargo, Díaz la transformó radicalmente a través de Sierra. En efecto, los académicos premiados fueron reducidos a tres, todos médicos. Los nombres de los biólogos, físicos, geólogos, matemáticos y químicos fueron simplemente eliminados. Lo mismo sucedió con los de los científicos sociales, filósofos, psicólogos y escritores, a excepción del de Rafael Altamira, laureado más por sus actividades en favor del hispanoamericanismo que por su labor como jurista e historiador. En cambio, permaneció el nombre de Roosevelt y fue agregado el de Víctor Manuel III, rey italiano de ideología liberal y de profesión militar ...lo que lo asemejaba a don Porfirio. La nueva naturaleza de la lista definitiva se confirma con la sustitución del amigo de Chávez y rector de Berkeley, Benjamín Wheeler, por el empresario y filántropo norteamericano Andrew Carnegie. Díaz también hizo política interna con el

otorgamiento de los doctorados *honoris causa*, pues fueron premiados el político positivista Limantour, el empresario y filántropo Gabriel Mancera, y el sacerdote pueblerino y polígrafo Agustín Rivera. La distinción a Limantour era especialmente estratégica: amo y señor de las finanzas públicas, de las que dependería la nueva institución, se había mostrado contrario a la inclusión de la Preparatoria en la Universidad; sus reparos tenían que ser delicadamente erosionados.⁹ Don Porfirio y don Justo supusieron acertadamente que con ello quedarían satisfechos los positivistas, los católicos y los intelectuales provincianos, pues las críticas de todos estos al proyecto fueron menos que las merecidas.

Luego de nombrar a los premiados con los doctorados *ex officio* y *honoris causa*, Chávez leyó los saludos de las universidades no representadas; posteriormente los delegados expresaron sus parabienes. Luego de agradecer a Díaz por su magnificencia y confianza, y a los representantes especiales por los buenos deseos manifestados, Sierra los elogió en latín. Como final, en rigurosa procesión se encaminaron a las oficinas temporales de la nueva institución, para que el designado rector, Joaquín Eguía Lis, tomara posesión. Así, cerca del me-

⁹ FUN, RR, c.2, fo.27, ff.485-90, 493-4, 514-5; fo.28, ff.516-7. Carta de José Yves Limantour a Justo Sierra, 22 de abril 1910, en Sierra, OC, XIV:400-3. A don Justo le importaba dejar satisfecho a Limantour porque consideraba a éste el responsable de su encumbramiento político, al proponerlo como Subrio. de Instrucción. Cfr., *ibid.*, VIII:494.

diodía del 22 de septiembre de 1910, México tenía otra vez una institución que se llamaba y decía ser una universidad.

II. *Gato por liebre...*

¿En qué consistió, realmente, la creación de la Universidad Nacional? ¿Bajo qué condiciones fue inaugurada? ¿Eran sus objetivos tan ambiciosos como los expresados por don Justo en el discurso inaugural, o fue éste un simple recurso oratorio? ¿Qué posibilidades reales tenía de alcanzar tales objetivos? ¿Qué pretendían, en concreto, Díaz, Sierra y Chávez? ¿Qué tanto persistió del proyecto de 1881? ¿cuál predominó, el de don Justo o el de don Ezequiel? ¿era conveniente la yuxtaposición de sus ideas? ¿Qué tan riesgoso y grave fue basarse en dos proyectos eminentemente personales? ¿Cómo justificar la no participación de un grupo más amplio de académicos, que no de funcionarios, en la elaboración y discusión del proyecto? ¿respondía éste a su tiempo, o estaba tan envejecido como Sierra, el sistema educativo y el gobierno en su conjunto? ¿Fue acertada la elección de los funcionarios universitarios, especialmente la del rector Eguía Lis? ¿Cómo funcionó la institución durante sus primeros años?

A pesar de lo magno de la ceremonia inaugural y de los minuciosos preparativos, lo cierto es que en 1910 no se creó una verdadera universidad. Por un lado, se organizó una pequeña oficina coordinadora encabezada por el rector, con dominio sobre las escuelas profesionales existentes —Ingenieros, Jurisprudencia, Medicina y Bellas Artes (sección Arquitectura)—, la Preparatoria y la recién fundada Altos Estudios, aunque la coordinación era más nominal que real: el rector no hubiera podido dirigir libremente esas escuelas, pues ni él ni ellas eran independientes de la Secretaría de Instrucción Pública. Por el otro, creó un principio, un proyecto. Esto fue lo importante: cualesquiera que hayan sido sus deficiencias y limitaciones reales, se legitimó la existencia de una institución imprescindible pero sorprendentemente ninguneada por los contemporáneos. Este fue el mérito de Sierra; la adecuación de esa universidad sería responsabilidad de otros.

Obviamente, la creación de la Universidad Nacional no implicó grandes erogaciones, pues no se hicieron obras arquitectónicas para la ocasión: las escuelas y dependencias que la compondrían contaban con sus instalaciones, a excepción de Altos Estudios, aunque se había decidido que por un tiempo ésta no tuviera edificio propio, pues no lo necesitaba. Es más, la propia oficina rectoril se alojaría, temporalmente, en la vieja Escuela Normal, en tanto se reparaba el edificio de la antigua universidad colonial, que sería su local definitivo.¹⁰ Más grave fue que la celebrada inauguración tampoco implicó reformas en las escuelas a integrarse, pues conservaron sus mismos planes de estudio, programas y directores. Esto influyó en que no se haya dado una mejora en la instrucción impartida y obliga a cuestionar el supuesto carácter antipositivista del proyecto. Tampoco se desarrolló la idea de comunidad universitaria sino que las lealtades siguieron dándose a la

escuela respectiva. No había un “campus”, y los dormitorios y deportes, que pudieron haber resultado aglutinadores, no fueron estimulados. La tradición de la universidad colonial tampoco fue rescatada como elemento unificador sino que, al contrario, el propio Sierra negó con vehemencia cualquier relación de continuidad con ella.

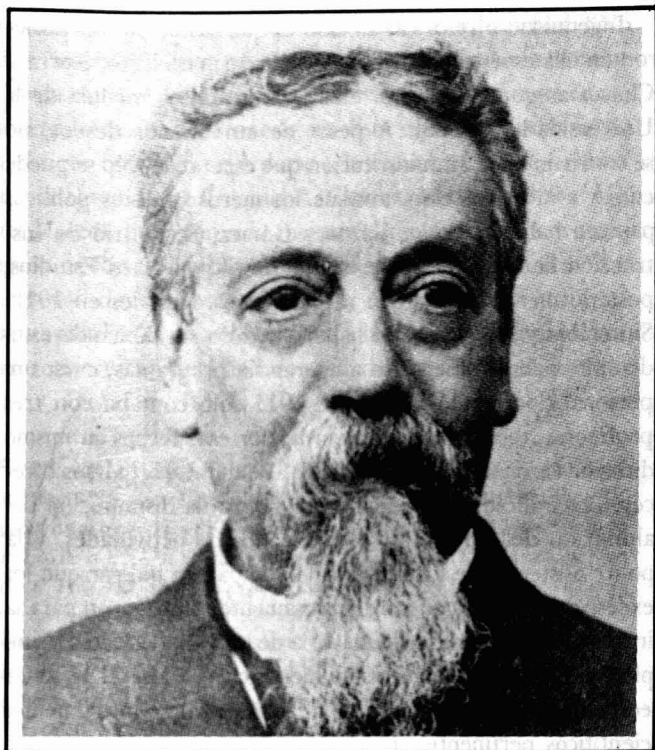
Para colmo, la Universidad Nacional nació anacrónica y con una naturaleza contradictoria. Respecto a lo primero, Sierra vetó cualquier tipo de estudios “concretos y utilitarios”, como Comercio y Economía, y rechazó también cualquier disciplina “industrial”, como Química, aunque aceptara que este tipo de carreras tendrían que incluirse posteriormente. Para don Justo los estudios superiores no estaban relacionados con la vida económica. A comienzos del siglo XX se seguirían ofreciendo, básicamente, las típicas “carreras” decimonónicas. Pudiera decirse que este modelo de universidad era antagónico al proyecto de desarrollo nacional del gobierno que la había hecho posible; de ser así, para Díaz y Sierra el país debía transitar por vías absolutamente distintas. Su naturaleza contradictoria se refleja en varios aspectos: a mediados de 1910 la sección Dental de Medicina fue convertida en la Escuela de Enseñanza Dental, con profesores, programas y edificio propios. A pesar de que ello implicaba reconocer algún proceso de maduración académico-institucional, dos meses después no fue integrada a la naciente universidad. Como la incongruente decisión fue pronto cuestionada, se argumentó que dicha escuela no tenía un carácter auténticamente científico.¹¹ Concediendo que esto fuera cierto, resulta sorprendente la inclusión de la Preparatoria, que ni siquiera tenía nivel universitario. Precisamente, la incorporación de la educación intermedia fue su principal característica. Considerando el número de estudiantes, el rector habría de regir sobre más estudiantes preparatorianos que universitarios. Cualquiera que haya sido el verdadero motivo de su inclusión, el peso de la Preparatoria en el sistema educativo nacional, el amor de don Justo por ella o su miedo a que se descubriera que la Universidad Nacional sólo tendría un puñado de estudiantes, lo cierto es que resultó muy problemático asociar instituciones que brindaban niveles tan distintos de educación.¹²

La naturaleza de la Universidad Nacional fue doblemente compleja, pues no se limitó a ofrecer estudios preparatorianos y profesionales. Al mismo tiempo se creó la Escuela de Altos Estudios, que tenía como objetivos perfeccionar la instrucción recibida en las escuelas profesionales, realizar investigación científica y preparar profesores para la secundaria, la Pre-

¹¹ Archivo General de la Nación, Fondo Instrucción Pública y Bellas Artes, caja 284, folder 14, f. 15 (en adelante FIPyBA, c., fo.); c.305, fo.10, f.1; FUN, RR, c.4, fo.56, f.1156; fo.58, ff.1177-9; Inf. Labores Rector, septiembre 1910 a septiembre 1912, en *Boletín de Instrucción Pública*, XXI: 294-5 (en adelante BIP); *El Imparcial*, 2 julio 1910.

¹² En 1910 la Preparatoria contaba con 991 estudiantes, mientras que Jurisprudencia, Medicina, Ingenieros y Arquitectura tenían, juntas, 935. La advertencia la hizo directamente Francisco Vázquez Gómez a Sierra y a Chávez, en la sesión del 4 de abril de 1910 del Consejo Superior de Educación, pero fue autoritariamente desatendida Véase, BIP, XIV: 500-1; Sierra, O, VIII, p. 322. Si se recuerda que la Preparatoria tenía un carácter educativo terminal más que intermedio, resulta menos explicable su integración.

¹⁰ *El imparcial*, 12 agosto 1910; *The Mexican Herald*, 13 septiembre 1910; *El País*, 12 junio 1910.



Joaquín Eguía Lis

paratoria y las escuelas universitarias. Las expectativas de Sierra y Chávez para Altos Estudios eran enormes: ambos afirmaron que tendría un nivel educativo más alto que las otras escuelas. Según don Ezequiel, no se limitaría a la transmisión de conocimientos sino que los generaría: haría descubrimientos esenciales en tanto que buscaría “verdades desconocidas”.¹³ Por su parte, don Justo prometió que en ella sólo tendrían cabida “los príncipes del arte y de las ciencias”, “las mejores voces del mundo”. Así en un sentido era una universidad muy limitada, en tanto que impartía muy pocas carreras, pero en otra era muy amplia, en tanto que incluía desde estudios medios hasta de especialización.

Para colmo, es evidente que la selección de las principales autoridades no fue acertada. Prevalció la actitud conciliadora de Sierra, en términos políticos y académicos. El rector Eguía Lis era un abogado católico conservador. Como directores de las escuelas supuestamente fundamentales quedaron los médicos Manuel Flores y Porfirio Parra, positivistas vetustos y ortodoxos y reconocidos porfirio-científicos.¹⁴ Como primer secretario fue designado Antonio Caso, principal representante de las nuevas corrientes de pensamiento, estimado por Justo Sierra, admirador de Rodolfo Reyes y protegido vergonzante del “científico” Rosendo Pineda.¹⁵ Indudablemente, estas

designaciones permiten rechazar el supuesto carácter modernista y antipositivista de la Universidad Nacional. Es evidente que se buscaba complacer a los principales grupos involucrados en la educación nacional; asimismo, se creyó que los intelectuales emergentes quedarían igualmente satisfechos. Sin embargo, los cambios políticos provocados por las caídas de Díaz y los “científicos” y por el ascenso de Madero acabaron con tan artificial equilibrio, pues tornáronse inaceptables la mayoría de esos funcionarios.

Al margen de los cambios forzados por la política nacional, la conformación de un equipo directivo tan disímulo era muy riesgosa; pudo haber resultado conciliadora, pero difícilmente eficaz. La designación de Eguía Lis fue especialmente desafortunada. Se argumentó en su favor los cincuenta años de docencia y que hubiera trascendido la mera instrucción de numerosas generaciones de abogados, pues su vida cotidiana lo había hecho un ejemplo moral para toda la juventud; esto es, también influyó que además de ser un jurista de vastos conocimientos tuviera “un alma buena”. Finalmente, era admirado y querido por don Justo: acaso era el único a quien éste todavía podía llamar “maestro” pues lo había sido en los 1860’s en el Colegio de San Ildefonso.¹⁶

Ser un octagenario bondadoso —cumplió 77 años en agosto de 1910— no hubiera sido obstáculo de haberse prolongado el gobierno de Díaz, pero ambas condiciones resultaron un severo lastre con el advenimiento de los nuevos tiempos. De hecho, su nombramiento era inadecuado aun para condiciones de absoluta calma: Eguía Lis no tenía experiencia universitaria alguna. Sin discusión, quien más sabía de estas instituciones y quien conocía mejor el proyecto universitario nacional era Chávez. Tal parece que estaba más que dispuesto a dejar la subsecretaría de Instrucción para ser el primer rector de la Universidad Nacional de México, obra suya en buena medida. Hoy resulta innegable que don Ezequiel desarrolló cierto resentimiento contra Sierra, y que hubiera sido mejor rector que Eguía Lis.¹⁷ Asimismo, es innegable que su proyecto de universidad era mejor que el de don Justo: más académico, moderno, profesional e independiente. Sin embargo, el de Sierra era el único viable; las condiciones así lo exigían. Ade-

todo, su actuación política fue efímera: arrepentido, al poco tiempo volvió a sus quehaceres y afanes intelectuales. Cfr. Nemesio García Naranjo. *Memorias*, 10 vols., Monterrey, Talleres El Porvenir, 1946-8, V: 38-43; carta de Pedro Henríquez Ureña a Alfonso Reyes, 3 abril 1909, en *Correspondencia, 1907-1914*, editor José Luis Martínez, México, FCE, 1986, pp. 143-6. Un estudioso de Caso asegura que su participación en el reeleccionismo se debió a su cercanía a Sierra, por lo que puede interpretarse como su cuota de colaboración para justificar su nombramiento en cualquiera de las inminentes instituciones, ya fuera en la Universidad Nacional o en Altos Estudios. Cfr. Raúl Cardiel Reyes. *Retorno a Caso*, México, UNAM, 1986, pp. 20-1.

¹⁶ *El Imparcial*, 21 agosto 1910; Sierra OC, V: 460-1. Aunque joven de gran talento y de vasta cultura, Sierra fue un estudiante de Jurisprudencia mediocre. Cfr. Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo*, 2 vols., México, UNAM, 1986, I: 90-1.

¹⁷ En descargo de Sierra debe consignarse que éste tenía planeado que Chávez lo sustituyera como responsable de la Sria. de Instrucción en su conjunto. Sin embargo, la lucha armada maderista impidió cualquier herencia ministerial, dejando a don Ezequiel como “al perro de las dos tortas”. Al respecto véase el airado *Pro domo mea* de don Justo, en OC, VIII: 487-91.

¹³ El discurso inaugural de Altos Estudios fue pronunciado por Chávez. Puede encontrarse en *La Universidad Nacional de México*, pp. 21-30.

¹⁴ Eguía Lis fue profesor de Derecho Romano y de Derecho Canónico, y director del Colegio de San Ildefonso durante el gobierno de Maximiliano, y por ende, “colaboracionista”. Véase, FIPyBA, c.295, fo.40, f.2. Sobre Porfirio Parra véase la nota 19.

¹⁵ Antonio Caso llegó al puesto por su calidad académica y por ser el más confiable de los jóvenes intelectuales. Sin embargo, seguramente influyó su porfirismo ortodoxo. A propuesta de Rosendo Pineda, Caso fue orador de la campaña Díaz-Corral y, temporalmente, director de su órgano *La Reelección*; por entonces dirigió agudas pero muy teóricas críticas al antirreeleccionismo. Con

más, el nombramiento de Chávez indicaba el riesgo de que sobrevinieran reformas aún no deseadas, y el rompimiento del equilibrio político-académico.

III. Nombre presuntuoso

El funcionamiento de la Universidad Nacional durante sus primeros dos años de vida fue disparejo. A las dificultades propias de toda institución naciente se sumaron los desaciertos de su proyecto y las complicaciones provocadas por el sino de los tiempos en que surgió. En efecto, a pesar del clima de paz y regocijo que privó durante los festejos del centenario, meses después estalló la lucha revolucionaria. Sin embargo, es preciso insistir en que aun sin ésta la Universidad Nacional hubiera enfrentado muy serios problemas. La violencia afectó a la ciudad de México hasta mediados de 1914, y hubo cierta continuidad entre las políticas universitarias de Díaz y Madero, a pesar de lo cual la institución sufrió graves dificultades. Aunque es innegable que la marcha de la educación en su conjunto, y en particular la de un par de escuelas universitarias, se vio alterada por su íntima relación con los destrozados "científicos", lo cierto es que otros escollos provinieron del estado en que se encontraban algunas escuelas, como Medicina, y de los crasos errores en el diseño de la institución.

Las deficiencias del proyecto se manifestaron de manera especialmente significativa en la Escuela de Altos Estudios, creada coetáneamente como condición indispensable para la fundación de la Universidad Nacional.¹⁸ El prestigio de Altos Estudios se finca más en su novedosa naturaleza y en sus secuelas que en sus logros reales. En verdad, durante sus primeros años sufrió las consecuencias de su indefinición y de su precipitada fundación. De acuerdo con su decreto de creación, de abril de 1910, se dividiría en tres secciones: ciencias exactas —física y biología—, humanidades y ciencias políticas y sociales. Para darle existencia real se le adjudicaron pronto los institutos Médico, Patológico y Bacteriológico, los museos de Historia Natural y de Arqueología, Historia y Etnología, así como la Inspección de Monumentos Arqueológicos. Las dos últimas dependencias quedaron en la sección de ciencias políticas y sociales; el resto, en la de ciencias exactas, quedando la de humanidades, ilustrativamente, sin cuerpo ni sustancia. Si se agrega que en Altos Estudios se nombró director a Porfirio Parra, médico y escritor ocasional, profesor distinguido en la Preparatoria y en Medicina, baluarte del Positivismo, protegido de Sierra y senador porfirista gracias al apoyo de los "científicos",¹⁹ su elogiado antipositivismo debe ser cuestionado.

¹⁸ Aunque se encuentran vestigios de una institución parecida en el proyecto de Sierra de 1881, tal parece que Altos Estudios debió su existencia a Chávez. Éste reconoce que el nombre fue propuesto por don Justo, pero insiste en que fue idea suya crear una escuela donde se formara el profesorado de nivel universitario. Véase, Ezequiel A. Chávez. *¿De dónde venimos y hacia dónde vamos?*, 2 vols., México, El Colegio Nacional, 1946, I: 22. Como confirmación, nótese que Sierra apenas asistió a un par de las sesiones del Consejo Superior de Educación en que se discutió el proyecto de la Escuela de Altos Estudios. Cfr., Sierra, *OC*, VIII: 311.

¹⁹ Carta de Jorge Vera Estaño, Srio. Instrucción, a Srio. Cám. de Diputados,

¿Ingenuidad o retórica? El caso es que sus creadores pusieron en ella esperanzas desproporcionadas; en efecto, Sierra y Chávez aseguraron que pronto sería la base y médula de la Universidad Nacional. A pesar de tan buenos deseos, no se convirtió en la gran institución que esperaban. No se puede culpar a la Revolución, aunque los meros cambios políticos parecen haber influido: Vázquez Gómez, Secretario de Instrucción de León de la Barra, fue hostil con Altos Estudios; posteriormente, ésta sufrió recortes presupuestales en 1912. Sin embargo, lo grave fue haberla creado sin demanda estudiantil y haber comenzado a operar sin programas, cursos ni personal docente. A finales de 1911 sólo contaba con tres profesores, todos ellos extranjeros; por esas fechas su mismo director reconoció que no se sabía, siquiera, qué cursos ofrecer. Dos indicadores de su fracaso fueron la disminución del alumnado del primer al segundo años de actividades, y la pobre asistencia de los inscritos. Todo parece indicar que los excesivos requisitos que pretensiosamente se exigieron para la inscripción hicieron que la mayoría de los alumnos fueran simples "oyentes", y por lo mismo menos cumplidos. Al no tener edificio, Altos Estudios careció de laboratorios e instrumentos científicos pertinentes; peor aún, tampoco disponía de una biblioteca adecuada para tan variados campos de estudio.²⁰

Por necesidad y por casualidad, 1912 fue un año de cambios profundos en Altos Estudios. Con tal de aumentar la matrícula, desde principios de año se empezaron a ofrecer cursos "libres" y a suavizar los requisitos para la inscripción: ya no fueron imprescindibles las mejores calificaciones en cursos universitarios correspondientes; es más, los estudios preparatorios se decretaron suficientes. Con ello, Altos Estudios dejaba de ser una escuela de estudios ulteriores a los profesionales, semejantes a los posgrados, pero sin convertirse en una escuela tradicional. La indefinición continuaba: a principios de junio Antonio Caso comenzó a impartir un curso "libre" de filosofía, el que atrajo a noventa alumnos, muchos de los cuales eran compañeros suyos en el Ateneo de la Juventud. Siguiendo el ejemplo de Caso, pronto se ofrecieron cursos "libres" en literatura, inglés, francés y matemáticas; asimismo, comenzaron a darse algunos cursos de especialidades médicas.²¹ Resultó determinante la muerte del director Porfirio Parra, quien fue sustituido por el siempre útil y adaptable Alfonso Pruneda. Médico de profesión y positivista a ultranza, Pruneda tenía sinceros intereses educativos y culturales, como

15 mayo 1911, en *BIP*, XVII: 27. Véase también *ibid.*, XVI: 76. Lourdes Alvarado. "Porfirio Parra y Gutiérrez. Semblanza biográfica", en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, núm. 11, México, UNAM, 1988, pp. 183-99. Cuando Parra murió, los "científicos" Enrique Creel, Joaquín D. Cassa-sus y Francisco León de la Barra fueron los invitados principales al homenaje fúnebre. Cfr. *El Imparcial*, 17, 19 julio 1912.

²⁰ FIPyBA, c.305, fo. 21, ff.1-2; FUN, RR, c.4, fo.62, f.1399; Inf. Lab. Altos Estudios, septiembre 1910 a octubre 1911, en *BIP*, XVIII: 603-4, 606, 609-10; carta de Porfirio Parra a Justo Sierra, 4 noviembre 1910, en *ibid.*, XVI: 82; Inf. Lab. Rector, septiembre 1910 a septiembre 1912, en *ibid.*, XXI: 313. Véase también *ibid.*, XIX: 526; *El Imparcial*, 19 octubre 1910; 21 enero, 6 julio 1911.

²¹ Inf. Lab. Rector, septiembre 1910 a septiembre 1912, en *BIP*, XXI: 314; Inf. Lab. Altos Estudios, julio-1912 a enero 1913, en *ibid.*, 322-3; *El Imparcial*, 13,16 marzo, 19 septiembre 1912; *Nueva Era*, 28 mayo, 1º, 11 junio 1912.

lo prueba su participación en el Ateneo de la Juventud. Sólo así se explica que haya nombrado como principal colaborador al joven escritor Alfonso Reyes, abiertamente antipositivista.²² La llegada de Pruneda puede ser vista como un decaimiento en el rigor que pretendió darse a la escuela. En efecto, hubo quien asegurara que Ezequiel A. Chávez, Manuel Flores o Miguel Macedo hubieran sido mejores directores.²³ A su vez, la llegada de Reyes y la participación de Caso suponían el arribo impetuoso de la generación joven, un reconocimiento a las nuevas corrientes de pensamiento y la sustitución de las disciplinas científicas por las humanidades: a los pocos días de

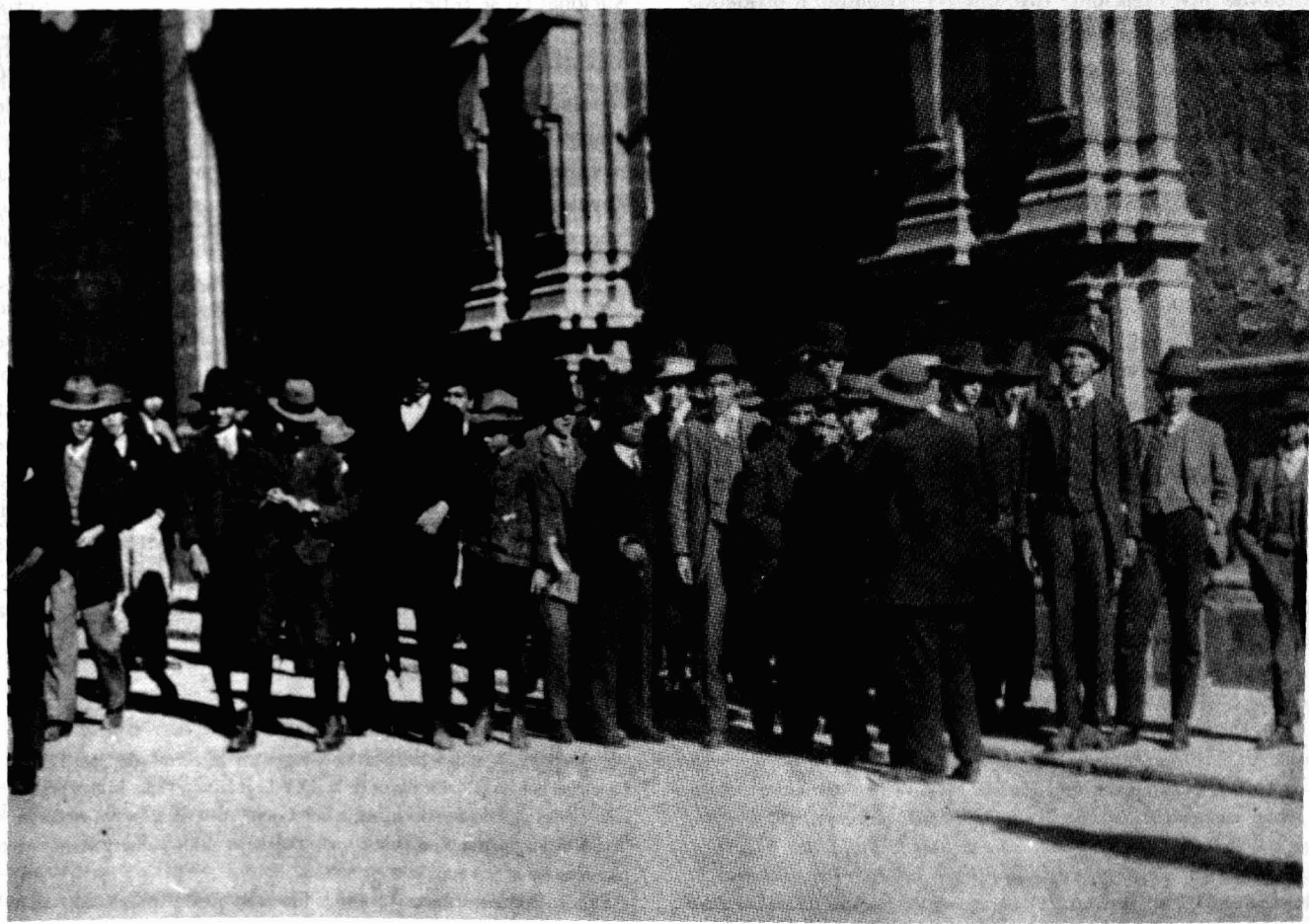
²² FUN, RR, c.4, fo.61, ff.1245, 1350; fo.63, f.1443. Inf. Lab. Altos Estudios, julio 1912 a enero 1913, en *BIP*, XXI: 321. *El Imparcial*, 17,23 julio 1912. Algunos datos biográficos de Pruneda en *La Patria*, 25 julio 1912, en el Archivo Histórico de la UNAM, Fondo Expedientes de Personal, 112/131/exp.577 (en adelante FEP, 112/131/exp.) Queda claro que en 1912 Pruneda contaba ya con experiencia en la política educativa y en la Administración escolar, pues desde 1905 había sido miembro del Consejo Superior de Educación; también había sido Jefe de la Sección de Educación Secundaria, Preparatoria y Profesional -luego Sección Universitaria-, y miembro del Consejo Universitario desde 1910; por último, había llevado a cabo algunos estudios sobre organización escolar en el extranjero. En el mismo exp. véase su *curriculum* hasta enero de 1913.

²³ Nemesio García Naranjo, quien conocía a Pruneda por también haber sido miembro del Ateneo de la Juventud, publicó un sarcástico artículo periodístico -"Gedeón es menos dañoso que Alarico Pruneda en Altos Estudios"- , en el que aseguró que el nombramiento de Zapata hubiera sido "menos ultrajante", y que hubiera sido preferible cerrar la escuela a imponerle una "dirección impía". Véase, *El Ahuizote*, 3 agosto 1912.

nombrado Reyes decidió crear una subsección de Lengua Nacional y Literatura, con la colaboración de compañeros suyos del Ateneo; en cambio, cursos de física y biología fueron rechazados o pospuestos. Esto es, el antipositivismo no fue innato en Altos Estudios sino que surgió luego del fracaso del proyecto fundacional.

Es obvio que con ello el plan original sufrió una modificación profunda. Se hizo evidente que era imposible hacer investigación científica avanzada en un país sin tradición al respecto, y que era inapropiado ofrecer cursos de perfeccionamiento y especialización en disciplinas sin recursos profesionales previos; también quedó claro que era muy difícil sostener estudios similares a los de posgrado sin programas completos, basándose sólo en inconexos cursos "libres" o extraordinarios. La pretensión era encomiable, pero la estrategia a seguir probó ser equivocada. Por ello la subsección planeada por Alfonso Reyes buscó crear un auténtico programa, de dos a tres años de duración y con cargas severas de trabajo; sin embargo, en lugar de obtener un posgrado, los alumnos recibirían un diploma, certificando sus habilidades para enseñar dicha materia.²⁴ Así, Altos Estudios se reducía a cumplir

²⁴ El programa de Reyes fue aprobado ya con Huerta en el poder y con los subsiguientes cambios en el ámbito educativo. Véase, Jorge Vera Estañol, Srio. Instrucción, a Ezequiel Chávez, Dir. Altos Estudios, 28 marzo 1913, en *BIP*, XXI: 325-6. Inf. Lab. Altos Estudios, julio 1912 a enero 1913, en *ibid.*, 322-3. El programa del curso y sus requisitos en, *ibid.*, 326-8.



Estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria

con el último de sus tres objetivos. Aunque estos cambios revivieron una escuela que agonizaba poco después de nacida, ajustándola a sus posibilidades reales y a las condiciones del país, en lugar de generar conocimientos y descubrir verdades desconocidas, como había prometido Chávez, pasó a dedicarse a la extensión cultural, predominantemente humanística.²⁵

¿Suponía un fracaso tan profundo cambio? Por un lado, el rector insistió en que se atacaba a Altos Estudios por ignorancia o por motivos políticos; por el otro, reconoció el revés. Eran tan evidentes sus problemas, que algunas de las críticas eran plenamente justificables. Por ejemplo, cuando la Secretaría de Instrucción exigió la elaboración de programas completos, o cuando los diputados José Ma. Lozano y Francisco de P. Olaguíbel se opusieron elocuentemente a que se diera subsidio gubernamental a Altos Estudios: Lozano aseguró que era una escuela absolutamente inútil, y Olaguíbel la atacó por elitista. Aunque sus razones para los ataques eran personales y políticas —su despido como profesores de la Universidad Nacional o su antimaderismo—, ello no invalida la esencia de las críticas.²⁶ Altos Estudios también fue atacada por sectores tradicionalistas de la comunidad académica, como Agustín Aragón y Horacio Barreda, quienes pidieron formalmente al Congreso federal que la disolviera. La polémica fue agria y la votación cerrada: aunque finalmente se rechazó su propuesta, tuvo como consecuencia que se redujera el presupuesto para Altos Estudios.²⁷

A los demás problemas hubo que agregarse el de insuficiencia de recursos. El propósito de traer profesores extranjeros o de realizar investigaciones tuvo que ser pospuesto u olvidado; incluso quedó incapacitada para contratar profesores mexicanos regulares: su única opción eran profesores libres, voluntarios... La comparación entre las aspiraciones de 1910 y la situación de Altos Estudios a finales de 1912 es muy reveladora: mientras que primero fue la escuela preferida, la esperanza, dos años después se cuestionó su propia existencia; aunque no fue clausurada, comenzó a ser la menos favorecida de las escuelas universitarias. Lo sorprendente es que desde 1908 el mismo Sierra se dio cuenta que el proyecto de Altos Estudios permitía prever una escuela desorganizada e incoherente. En una ocasión demandó a sus organizadores “un plan y un programa”, así como “pensamientos concretos” y no sólo

“fórmulas generales”. Todo parece indicar que los compromisos oficiales lo forzaron a inaugurarla sobre bases todavía poco precisas.²⁸

IV ¿Aborto o muerte de cuna?

Aceptar que desde un principio era evidente que la Universidad Nacional debía ajustarse a la época, rehacerse, no implica un demérito para don Justo y don Ezequiel, ni menospreciar la importancia que su creación tuvo para el país a mediano y largo plazo. Si el proyecto era deficiente, la voluntad fundacional fue —y es— absolutamente admirable. Más apreciable resulta que el mismo Sierra reconociera tales limitaciones, al grado de aceptar que la estructura asignada a la nueva institución era “transitoria” y que debía modificarse más tarde, quizá en un sentido más liberal y en condiciones que se adaptasen mejor “a las exigencias del progreso nacional”. La reconocida sensatez de don Justo se manifiesta aquí claramente; lo mismo puede decirse de su humildad, cuando aceptó que tuvo que conformarse “con promover la iniciación, el principio de la futura Universidad”. La conclusión es indiscutible: Sierra tuvo que amoldar su proyecto al de Díaz y al del grupo gobernante —léase los “científicos”. Sin embargo, son varias las cuestiones aún pendientes para la evaluación seria del proceso: ¿qué tan distintos eran todos estos proyectos? ¿Pensaba don Justo como político o como visionario?, esto es, ¿encabezaría él dichas transformaciones en el momento oportuno, o tendrían que ser hechas por otros? El anacronismo de la Universidad Nacional no se refiere al casi simultáneo estallido de la Revolución. Incluso era insuficiente para el México de finales del Porfiriato. Sin embargo, Sierra alegó que no se le permitió “consolidar lo fundado”.²⁹ Concediendo que tuviera planes de reforma a corto plazo, y a pesar de ser el menos ambicioso, el más tolerante y el único de los “científicos” redimible por la Revolución, no puede negarse que don Justo y su Universidad Nacional sufrieron serias condicionantes políticas y profundas limitaciones históricas.

Esto explica que las críticas que se le hicieron hayan sido mayoritariamente atinadas. El joven político porfirista José Ma. Lozano afirmó que la creación de la Universidad Nacional sólo había tenido objetivos inmediatos, tales como mejorar la imagen del país durante los festejos del Centenario; para Olaguíbel, también porfirista, se fundó para complacer el sueño de un ministro.³⁰ Para los positivistas tardíos y a ultranza, como Agustín Aragón y Horacio Barreda, la nueva institución era tan confusa y contradictoria como su despreciado Sierra.³¹ Un miembro de la comunidad universitaria

²⁵ Sierra, OC, VIII: 312-4.

²⁶ *Ibid.*, VIII: 317-8, 493.

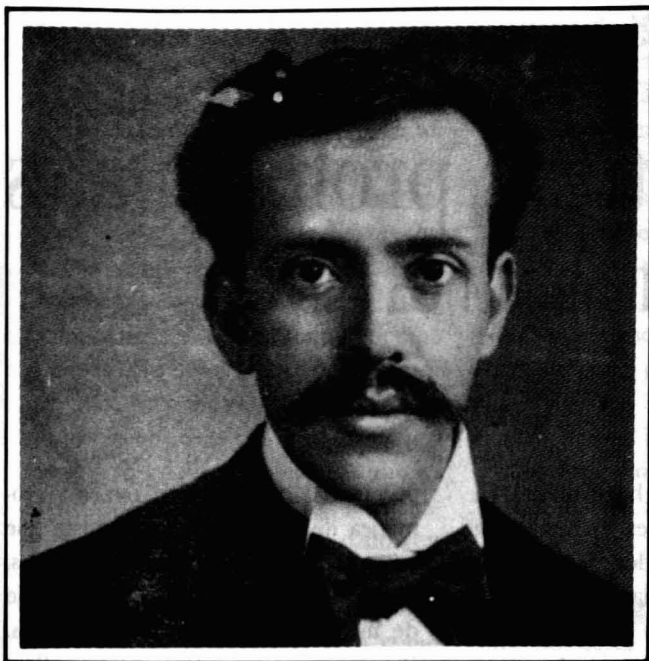
²⁷ Mi colega y amiga Josefina MacGregor me hizo recordar que Lozano y Olaguíbel habían sido miembros de la XXV Legislatura, y que habían permanecido mudos cuando fue discutida la Ley Constitutiva de la ... Sin embargo, la baja de su oportunismo político no invalida las críticas que posteriormente hicieron.

³¹ Juan Hernández Luna. “Sobre la fundación de la Universidad Nacional. Antonio Caso vs Agustín Aragón”. *Historia Mexicana*, núm. 16 (enero-marzo,

²⁵ Incluso el profesor germano-chileno Carlos Reiche, invitado desde los inicios de la escuela, pasó a impartir una serie de charlas “populares” sobre biología. *Nueva Era*, 21 mayo; 8, 15 junio 1912.

²⁶ Inf. Lab. Rector, septiembre 1910 a septiembre 1912, en *BIP*, XXI: 312-3, 315-9. José López Portillo, Subrio. Instrucción, a Joaquín Eguía Lis, Rector UN, 2 septiembre 1911, en *ibid.*, XVIII: 601. *Historia de la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura Federal*, editor Diego Arenas Guzmán, 6 vols., México, INEHRM, 1961-7, III: 387-433. *Nueva Era*, 11 mayo 1912.

²⁷ Inf. Lab. Altos Estudios, julio 1912 a enero 1913, en *BIP*, XXI: 321. La batalla que dio Chávez para que sobreviviera Altos Estudios y no se redujera en exceso su presupuesto puede documentarse en Chávez, I: 43-4. Véase también el volante impreso redactado por él y titulado *Acotaciones. A propósito de iniciativas o mociones que puedan tener por fin destruir la Universidad Nacional o la Escuela de Altos Estudios*, en Archivo Histórico UNAM, Fondo Ezequiel A. Chávez, Ramo Universidad, legajo 4, documento 55 (en adelante FECH, RU, leg., doc.). Asimismo, Leticia Chávez, III: 23-4.



Ezequiel A. Chávez

hizo la crítica más profunda: Salvador Altamirano, profesor de la Preparatoria y delegado al Consejo Universitario, a mediados de 1912 aceptó que los ataques contra la Universidad Nacional eran parcialmente válidos: reconoció que la institución dependía excesivamente de la política nacional, como lo demostraban los conflictos por el conferenciante argentino Manuel Ugarte, y la huelga contra Luis Cabrera en Jurisprudencia, que originó una grave escisión y la fundación de la Escuela Libre de Derecho. Altamirano también advirtió contra la carencia de espíritu de comunidad, pues las escuelas universitarias permanecían tan aisladas como antes. Para él, la fundación de la Universidad Nacional no había implicado mejora alguna en la educación profesional impartida en dichas escuelas, como tanto se había prometido. Algunas de las reformas propuestas por Altamirano fueron la creación de un *campus*, vendiéndose las viejas instalaciones céntricas para poder construir edificios adecuados en las afueras de la ciudad; la conformación de una planta permanente de profesores; el cobro de colegiaturas; la separación de la Preparatoria, y sobre todo, la impartición de "carreras" imprescindibles para el progreso del país, puntos abiertamente contrarios al espíritu fundacional.³² Las observaciones del perceptivo Altamirano confirman lo conveniente que hubiera sido la participación de los académicos en la elaboración del proyecto. Desgraciadamente esto era imposible en un régimen tan autoritario y centralista como el Porfirista.

Otra forma de criticar la anacronía congénita de la Universidad Nacional fue abanderar otros proyectos y sostener ideas

1967). La postura de estos positivistas trasnochados ha hecho creer, equivocadamente, que la nueva institución surgió en abierta pugna con el positivismo en su conjunto.

³² Carta de Salvador Altamirano a Joaquín Eguía Lis, 4 julio 1912, FUN, RR, c.5, fo.73, ff.2064-9. Para el caso Cabrera y la Libre de Derecho véanse los trabajos de Jaime del Arenal. Respecto a la promesa de que con la universidad se organizarían los estudios profesionales "de una manera más eficaz", cfr. Sierra OC, VIII: 317.

alternativas. Debe recordarse que durante el primer Congreso Nacional de Estudiantes, en septiembre de 1910, atinadamente se asignó a los jóvenes de provincia y a algunas carreras profesionales no universitarias una importancia mucho mayor que la que les otorgaron Sierra y Chávez. Esto demuestra que para los jóvenes la institución resultaba insuficiente aun antes de la Revolución. Asimismo, la creación de la Escuela Libre de Derecho y de la Universidad Popular fue, entre otras cosas, manifestación clara de que algunos sectores se oponían al manejo gubernamental de la educación superior, y de que otros exigían ayuda de los instruidos para los sectores marginados.

Durante los años de guerra se modificó el proyecto de universidad, ajustándose a los cambios acaecidos en el país. Durante los meses que Francisco Vázquez Gómez estuvo al frente de la Secretaría de Instrucción fueron especialmente importantes los golpes al grupo de los "científicos", dominante en el campo educativo, y las propuestas por una instrucción menos teórica y sí más pragmática. Durante el gobierno maderista continuaron las mismas tendencias renovadoras. Asimismo, aunque el periodo huertista es recordado por su aparatosa cuanto inútil militarización de la educación superior, lo realmente importante fue su durísimo ataque a la educación positivista, ideado y auspiciado por el ministro Nemesio García Naranjo. Por último, a partir de 1915 apareció una nueva generación en todos los sectores del ámbito educativo.

Indiscutiblemente, fue entre 1920 y 1921, con la llegada de José Vasconcelos al rectorado de la Universidad Nacional, cuando ésta enfrentó las más profundas transformaciones y adquirió sus rasgos más característicos.³³ La encabezó el grupo que en 1910 había sido visto como heterodoxo, poco riguroso, marginal, desigual, y demasiado joven y ambicioso, apoyado en las generaciones de 1915 y 1917, que ya no se habían formado en el ocaso del Porfiriato sino durante la guerra civil. A partir de entonces la comunidad universitaria habría de involucrarse profundamente en la problemática política y social del país, ya fuera colaborando en el combate contra el analfabetismo o luchando por la libertad religiosa y contra el militarismo y el autoritarismo. Por otro lado, desde entonces la Universidad Nacional tendría más raigambre humanística que científica —característica modificada hace unas cuantas décadas—, y supliría al gobierno en varias labores culturales. Si bien entre los proyectos de Sierra y Vasconcelos hay algunas coincidencias y continuidades, como la integración del sistema preparatorio, fue con éste cuando la Universidad Nacional adquirió varias de sus características más significativas: la universidad de 1920 era menos elitista que la de 1910. Por ello se debe concluir que dicha institución no fue el "canto del cisne" del Porfiriato sino que es propia del Estado emanado de la Revolución. Aunque fundada en septiembre de 1910, errónea pero afortunadamente, la Universidad Nacional nació varios años después. ♦

³³ La fuente clásica para el rectorado de Vasconcelos es el tercer volumen de sus memorias, *El desastre*. La mejor evaluación y reconstrucción de ese periodo es la de Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del Águila*. México, UNAM, 1989.